

ria, vm. ha salvado la vida temporal de mi hija, yo quiero salvar la eterna de su alma de vm.

Lady Peveril no respondió palabra, llegaban entonces al punto en que el paseo remataba saliendo al camino real, ó por mejor decir á un camino de travesía abierto en un campo, el mismo que ella tenia que seguir hasta que hallara otro á la izquierda con direccion al parque de Martindale. Deseaba mas que nunca verse alumbrada por lá luna, y tomó el partido de guardar silencio para caminar con mas presteza. Pero cuando llegaban á la union del paseo con el camino público, Bridgenorth le puso la mano en el brazo suplicándola, ó mas bien mandándola se detuviere. Lady Peveril obedeció. Mostróla él una encina vieja y la mas alta, que se levantaba en un alto de la llanura, y que parecia se plantó allí con el intento de que formase perspectiva. Esparcia la luna sus luces con tanta fuerza mas allá del paseo, que gracias á los resplandores que difundia en este arbol venerable, se podía distinguir qué parte de sus ramas habia sufrido la accion del rayo.

—¿Se acuerda vm., la dijo él, de la última vez en que vimos este arbol? fué cuando yo llegué en posta desde Londres y traia de la comision una carta de proteccion en favor de su marido. Cuando pasaba por debajo de este arbol vi á vm. aqui mismo donde ahora estamos: vm. estaba con mi pobre Adelaida. Los dos últimos de mis queridos hijos jugaban junto á su madre. Salté del caballo: yo era entonces para ella un esposo, para ellos un padre y para vm. un protector bien recibido y reverenciado. ¿Qué soy ahora? — Pusose la mano en la frente y parecia todo absorto en su dolor. Era imposible para lady Peveril oir la pesadumbre de otro sin tratar de suavizarla.—Bridgenorth, le dijo ella, creyendo y siguiendo como creo y sigo mi religion, no culpo la de nadie, me alegro que haya vm. buscado en la suya el consuelo de sus aflicciones temporales. ¿Pero no debian enseñar á vm. los principios de todo cristiano que la afliccion debe suavizar el corazon?

— Sí, muger, respondió Bridgenorth, como ablandó el rayo el tronco de esa encina vieja

cuyas ramas ha despedazado. No, la madera mas dura es la que mas fácilmente trabaja el jornalero. El corazon endurecido y reseco es el que mejor puede soportar la carga que nos imponen estos desgraciados tiempos. Ni Dios ni los hombres pueden sufrir ya por mas tiempo la desolacion sin límites causada por los malvados, el desprecio de las leyes divinas, y la infraccion de todas las humanas. El tiempo presente reclama vengadores justos y ellos se dejarán ver.

— No niego la existencia del mal, dijo lady Peveril haciendo un esfuerzo violento para hablar, y echando á andar al mismo tiempo; segun lo que tengo oido, aunque, bendito Dios, yo no la he presenciado, me hallo convencida de la corrupcion del siglo. Pero confiemos en que se pondrá remedio sin echar mano de los medios tan violentos á que vm. parece hacer alusion. Sin duda que los desastres de una guerra civil (y yo no creo llegue vm. á pensar en esta extremidad espantosa), serian una alternativa que solo podria escogerse en el último grado de la desesperacion.

— Terrible, pero seguro remedio, exclamó el mayor. La sangre del cordero pascual alejó al ángel exterminador; los sacrificios ofrecidos en la era de la granja de Araunah contuvieron la peste. El acero y el fuego son remedios violentos, pero aprovechan.

— ¡ Ah! señor Bridgenorth, dijo lady Peveril, ¿ es posible que habiendo vm. sido tan bueno y moderado en su juventud, haya adoptado en la edad avanzada los principios y lenguaje de los que vm. ha visto llevaron la nacion y á sí mismos al borde de un precipicio?

— No sé lo que yo era entonces, y vm. no sabe tampoco lo que soy ahora, replicó él; y de repente calló, porque se hallaban á este tiempo perfectamente alumbrados por la luna, y se hubiera dicho que Bridgenorth, viéndose á presencia de lady Peveril, estaba pronto á moderar su tono y lenguaje.

Este era el instante en que le veia ella claramente, y notó traia por armas un cuchillo de monte y un puñal, con pistolas al cinto; precauciones bien extraordinarias para un hombre que no llevaba en otro tiempo ni estoque, no

siendo en los día de ceremonia, aunque fuese esta la costumbre y uso de las personas de su rango. Es verdad que siempre su aspecto había sido mas bien sombrío que afable; pero entonces manifestaba una resolucion mas firme que de ordinario; y lady Peveril no pudo menos de exclamar diciendo lo que pasaba: — Si, ciertamente, señor Bridgenorth, está vm. muy mudado.

— Vm. no ve mas que el hombre exterior, replicó él; el cambio interno es todavía mas grande. Pero no pensaba yo hablar á vm. de mí. Como ya dije, vm. ha librado á mi hija de lo tenebroso de la tumba, y yo tambien quisiera librar á vuestro hijo de las tinieblas aun mas profundas que cubren, segun pienso, todos los caminos por donde va su padre.

— Yo no debo oír hablar así de sir Geoffrey, señor Bridgenorth. Me despido de vm. por ahora, y cuando nos veamos en ocasion mas oportuna, oíré con mucho gusto su parecer acerca de Julian, aunque sea posible que no le siga.

— Puede que esa ocasion oportuna no llegue

jamás. El tiempo se pasa, la eternidad se acerca; oígame vm. Se asegura que tiene vm. ánimo de enviar á Julianito á la isla de la sangre; de confiar el cuidado de su educacion á su parienta, á esa bárbara homicida, que mató á un hombre de memoria mucho mas grata que la de alguno de los antepasados con que ella se envanece. Esta nueva corre por todas partes. ¿Es verdad?

— Se expresa vm. con alguna dureza respecto á mi prima, la condesa de Derby, señor Bridgenorth; y con todo no haré á vm. ningun cargo, porque yo misma no puedo excusarla del crimen que ha cometido. Sin embargo mi marido y yo pensamos que Julian podrá recibir en su casa, mejor que en cualquier otra parte, con el condecito de Derby, las instrucciones correspondientes á su rango.

— ¡Con la maldicion de Dios y la bendicion del papa de Roma! exclamó Bridgenorth. Vm., señora, vm., que penetra tanto en todos los negocios concernientes á la prudencia humana, ¿está vm. tan ciega que no ve los pasos agigantados de Roma, para establecer su autori-

dad en este país, en otro tiempo la joya mas rica de su tiara? La vejez se deja seducir por el oro, la juventud por los placeres, el debil por la adulacion, el cobarde por el temor, el valiente por la ambicion. Mil cebos se ofrecen á todas las pasiones, y todo cebo tiene un anzuelo mortal.

— Yo sé, señor Bridgenorth, que mi parienta es católica; pero su hijo está educado en los principios de la Iglesia anglicana, segun las órdenes de su difunto padre?

— ¿Es verosimil, señora, que quien no ha temido derramar la sangre del justo en el campo de batalla, como en el patibulo, ponga mucho cuidado en cumplir órdenes que su religion le mandará violar? Supongamos que las cumpla con fidelidad, ¿estaria su hijo de vm. mas adelantado, si se quedase en el cenagal donde su padre está sumergido? ¿Qué son sus obispados de vms.? Cosas del papa hechas y derechas. ¿No han tomado vms. por papa un tirano temporal? ¿No se ha sustituido una misa bastarda en inglés á la que sus antepasados celebraban en latin? ¿Por qué hablaré yo así á

una muger que tiene ojos, oidos y entendimiento, sin duda, pero que no puede oir, ver ni comprender la única cosa que debe mirarse, oirse y comprenderse? ¿Qué lástima tengo, al ver que un ser dotado por el Cielo con formas tan bellas, un corazon tan excelente, esté sordo, ciego é ignorante, como todo lo perecedero!

— No podemos ponernos de acuerdo en esta materia, señor Bridgenorth, dijo lady Peveril, deseando cada vez mas acabar esta conferencia, aunque no vió lo que tenia que temer; lo repito, quede vm. con Dios.

— Espere vm. un momento, exclamó él poniéndole otra vez la mano al brazo, yo deberia detener á vm. si la viese al borde de un precipicio; déjeme vm. prevenirla contra un peligro todavía mayor. ¿Pero cómo es posible hacer impresion alguna en su espíritu incrédulo? ¿Diré á vm. que la deuda de la sangre derramada por la casa de Derby está todavía por pagar? ¿Querrá vm. enviar á su hijo entre aquellos á quienes ha de pedirse el pago?

— En vano trata vm. de infundirme temor, señor Bridgenorth, ¿qué pena pueden imponer

á la condesa por una accion que no trato de justificar, y por la que ya se la castigó tiempo hace?

—Vm. se engaña. ¿Cree vm. que una miserable suma, entregada para fomentar los desórdenes de Carlos, sea una compensacion por la muerte de un hombre como Christian, de un hombre tan apreciable al Cielo, como á la tierra? No se puede derramar la sangre del justo bajo tales condiciones. Cada dia de tardanza se cuenta con intereses aumentando la deuda, cuyo pago debe reclamarse algun dia de una muger cubierta de sangre.

Oyóse á este tiempo un ruido de caballos á lo lejos y por el camino en que acababan de entrar. Bridgenorth escuchó un poco, y dijo apresurado:

—Olvide vm. que me ha visto; no me nombre vm. al que tenga mas cariño ni á su pariente mas inmediato; guarde mis consejos en su pecho, aprovéche los vm., y le irá bien. Diciendo esto, se despidió de ella, pasando por una abertura del vallado que costeaba el bosque inmediato al camino, y desapareció entre un

tallar espeso. Aumentábase á cada instante el ruido de los caballos que venian al trote, y bien pronto pudo ver lady Peveril, aunque no muy bien, algunos caballeros que, á cierta distancia, bajaban una altura. Viéronla ellos, y dos de los mismos, galopando, dijeron en voz alta:—¡Alto! ¿Quién va allá? Pero uno la conoció al momento, y dijo:—¡Dios mio! ¡es nuestra ama! Lady Peveril le conoció como uno de sus criados; y viniendo su marido casi al mismo tiempo, dijo:—¡Cómo! ¡eres tú, Margarita! ¿Por qué casualidad estás fuera del castillo, y á estas horas?

Lady Peveril le dió parte de la visita que venia de hacer á una enferma; pero no juzgó necesario hablarle de su encuentro con el mayor Bridgenorth, acaso porque pensó le disgustaria este incidente.

—La caridad es bella y excelente cosa, respondió sir Geoffrey; pero conviene que yo te diga, Margarita, haces mal en andar por los campos como un curandero, cuando lo necesita una vieja que tiene cólico, sobre todo á

esta hora, y cuando las cercanías están poco seguras.

—Siento mucho saber esto. No lo habia oido decir.

—Hay una nueva conspiracion tramada por los Cabezas-Morondas, peor todavía que la de Venner. ¿Pero quién es el principal? Nuestro vecino antiguo Bridgenorth. Se le busca por todas partes; y te aseguro que como se le halle se le ajustarán las cuentas antiguas.

—Pues entonces me alegraré que no le hallen.

—¿Te alegrarás tú? pero yo no, y no quedará por mí el hallarle. Por esto me vuelvo á Moultrassie-Hall, donde haré una visita minuciosa, como me lo impone mi deber. No se escapará traidor alguno ni rebelde á su madriguera tan cerca del castillo de Martindale, yo lo aseguro. Por lo que hace á tí, milady, hoy te pasarás sin silla de señora, y montarás á la grupa con Saunders, como lo hiciste otra vez. El te llevará al castillo para que no te suceda ningun lance.

Lady Peveril obedeció y calló. Tampoco hubiera tratado de responder por lo mucho que

recelaba se descubriera, en el temblor de la voz, lo mucho que se habia turbado con la noticia que acababa de recibir.

Montó á caballo, volvió al castillo, y esperó con impaciencia la vuelta de su marido. Volvió por fin; pero con gran gusto suyo vió que no traía preso alguno. El explicó entonces mas por menor lo que la precipitacion de su encuentro le habia obligado pasar por alto, que un expreso llegado de la corte á Chesterfield habia traído la nueva de que los antiguos partidarios de la república, y principalmente los que habian servido en el ejército, tenían preparado un plan de insurreccion, y que Bridgenorth, que se decia oculto en algun rincón del condado de Derby, era uno de los principales conspiradores.

Poco tiempo despues, no se habló nada de esta conspiracion, y lo mismo sucedió con muchas otras, de que se trató en aquella época. Se revocaron las órdenes de arresto, pero no se oyó hablar mas del mayor Bridgenorth, aunque era muy probable se hubiera podido presentar en público como algunos y no pocos que se ha-

bian hecho tan sospechosos. Entonces fué tambien cuando lady Peveril se separó por algun tiempo, á costa de no pocas lágrimas, de su hijo Julian; á quien se mandó ir á la isla de Man, con arreglo al proyecto formado para que se le instruyese como al condecito de Derby. Aunque el discurso de mal agüero pronunciado por Bridgenorth se representase alguna vez á su imaginacion, no tenia tanta influencia en ella para exceder á las ventajas que aseguraba la condesa en pro de su hijo.

Salió este plan perfectamente bajo todo aspecto, y cuando Julian venia de vez en cuando á casa de su padre, lady Peveril tenia la satisfaccion de ver que se desplegaban las calidades de su espíritu así como las exteriores con que le habia favorecido la naturaleza, y que tenia vivos deseos de instruirse. Vino á ser, con el tiempo, un mozo completo, é hizo un viage por el continente con el joven conde. Habiasse juzgado necesaria esta medida para darles algun conocimiento del mundo, no habiéndose mostrado la condesa ni en Londres ni en la corte desde que huyó á la isla de Man en 1660, y habiendo

residido siempre en su Estadillo aristocrático, visitando solo alguna vez sus dominios de Inglaterra. Esta circunstancia hizo algo limitada la educacion de los dos jóvenes, á pesar de que tuvieron los mejores maestros. Pero aunque el genio del joven conde fuese mas ligero y mas versatil que el de Julian, ambos se aprovecharon de este viage. Lady Derby advirtió eficazmente á su hijo, cuando volvió del continente, que no se presentara en la corte de Carlos II; pero cuando ya fué mayor, no creyó necesario tener á su madre una obediencia absoluta con respecto á esto. Fué pues á pasar algun tiempo á Londres, y disfrutó de todos los placeres de una corte, morada del contento, con el ardor de un joven educado poco menos que en un retiro.

Con el fin de mover á la condesa para que le perdonase la trasgresion de sus órdenes, el joven conde, que siempre la tenia el respeto profundo que se le habia inspirado en su educacion, consintió en vivir con ella en su isla favorita, y casi le dejó la administracion de ella.

Julian Peveril habia pasado en el castillo

de Martindale una gran parte del tiempo en que su amigo habia estado en Londres; y en la época donde ha llegado nuestra historia, *quasi per saltum*, pasando por encima muchos años, habitaban ambos con la condesa en el castillo de Rushin del antiguo reino de Man.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

CURSO DE HISTORIA,

DESTINADO A LOS NIÑOS,

POR

M. LAMÉ FLEURY.

Al publicar este *Curso de Historia, Destinado á los Niños* nos proponemos cubrir la necesidad de la época, facilitando á la juventud los estudios históricos, tan precisos de algunos años á esta parte segun todos los sabios.

No puede revocarse en duda la utilidad de tal estudio, con respecto á la enseñanza elemental, no puede menos de tener aceptación entre los padres de familia, como medio de interesar á los niños el relato de hechos positivos, sustituido al de las